

## La Fiura

A los veinte años era bien visto entre los amigos, que un hombre libre, ya tuviera muchos kilómetros que contar, así que no tuve que pensar mucho para decidirme a tomar el bus rumbo a Chiloé.

No puedo decir que iba disfrutando el paisaje, ya que la mitad del trayecto me fui cabeceando contra la ventanilla. Entre mis bostezos y los ronquidos de la viejita que iba desparramada en el asiento del lado, podía distinguir el monótono ruido que hacía al chocar con la tierra, esa incansable lluvia sureña que nos acompañó durante casi todo el viaje.

Nos detuvimos bruscamente. Traté de ver por la ventana, pero como el vidrio se había empañado con mi aliento, tuve que recurrir a la manga de mi chaleco... Ahí estaba yo, "frente a frente" con el trasbordador que me llevaría a la isla. Para continuar, el bus tenía que subir a su plataforma, cruzar el Canal de Chacao, y una vez en tierra, seguir rumbo a la ciudad.

Ya en medio del Canal, aproveché de desperezarme un poco y bajé a estirar las piernas. La brisa marina, se encargó de espantarme el sueño. Mi boca se impregnó de sabor a mar y mis labios saborearon un leve gustillo salado que les abrió el apetito. Con mucho pesar recordé que no me había preocupado de llevar algo para comer, pero esto no tuvo importancia, pues no faltó gente que me convidara de lo que llevaba. Ya satisfecho volví a la agradable tarea que me había sido interrumpida, y ni siquiera me di cuenta cuando habíamos llegado a la ciudad de Ancud.

Tras los primeros pasos en tierra chilota, saqué un papel arrugado que llevaba en el bolsillo de mi pantalón.

- mm... Condell # 68, ¿Quizás dónde diablos queda esto? mm...

Era la dirección de una hospedería barata que me habían recomendado mis amigos, así que entré en un negocio que parecía un bar a preguntar.

- ¿Me podría decir cómo llego acá?

- Claro, joven. Es la hospedería de aquí a la vuelta. ¿Acaso se va a quedar unos días por estas latitudes, oiga?

- Sí, unas dos semanas. Gracias...

Me costaba ver los números, ya que empezaba a oscurecer en la lejana localidad austral. Por fortuna, luego de andar unos doscientos metros me topé con la hospedería. Golpeé el portón de madera hinchado de tanta humedad, sin obtener respuesta. Un poco intranquilo, golpeé por segunda vez. Luego de un buen rato, me abrió un personaje salido de un grabado de Rembrandt. La escasa luz sólo me permitía ver sus huesudas manos arrugadas que empujaban la pesada puerta, y el oscuro faldón que casi arrastraba por el suelo.

- ¿Diga, caballero?. Asomó su cabeza, sonriendo amablemente.

- Buenas noches señora, me dijeron que acá podría hospedarme.

- Pase no má', justo tengo un cuarto pa'usté'.

Supuse que estaba en la cocina, pues había varias personas reunidas al calor de una enorme estufa a leña sobre la que humeaba una tetera.

- Él e' de Santiago...

Mejor le presento a cada uno pa' que se sienta en confianza. Ella es la Señora Chelita de acá de Chonchi y la joven Rosario, su hija.

- Más jóvenes pa'animar a estos viejos. Acotó la Señora Chelita riendo.

- Mi hermano Belarmino y el Señor Nicanor, de Castro. Yo me llamo Josefina ¿y usté'?... Siéntese... siéntese aquí pa'darle algo caliente...

- Alberto, me llamo Alberto Salas.

- Igualito que el de la canción de la Violeta Parra...Alberto dijo me llamo...llamooo...

- Creo que sí...

- Bien, mi chiquito, sírvase no má'.

Después de la succulenta cena de pan amasado con queso caliente, de un par de miradas con Rosario que no estaba na'ita de mal, y de muchas risas amigables, nos fuimos a las respectivas habitaciones.

Don Belarmino me indicó cual era la mía.

- Don Bela...¿Le puedo decir Don Bela?, Don Bela es más corto y suena bien, ¿no le parece?

- Si m'ijo, diga no má'.

- Me gustaría ir a caminar un poco. ¿ Quiere acompañarme?

-Mejor será que se quede m'hijo, ya es muy tarde, y puede andar la Fiura

-¿La Fiura?.

- Claro pue', dicen que e' muy peligrosa, que anda buscando con quien satisfacer sus más bajos instintos, ¿me entiende?. Claro que's tan re fea, que hasta los animales se le arrancan. Pero ella es muy re' mala, no perdona a los que la rechazan. Les echa encima el "mal adre" de su boca, capaz de enchuecar los huesos de cualquiera...Pero ¿sabe que?, al bar de la esquina va siempre un hombre que tuvo la mala suerte de encontrarse con ella. "El Chueco Ovalle" . Pregúntele. Cómprele una botella, y no va a haber quién le pare la lengua al condena'o.

- Creo que mañana voy a averiguar más...gracias, Don Bela. Buenas noches.

- Pa'uste también pue'joven.

Pensé en que las sábanas estarían heladas, y con eso se esfumó el deseo de hurguetear por un pijama dentro del improvisado bolso que llevaba.

...Luego de muchos giros entre las sábanas, tomé el reloj que había sobre el velador.

- ¡Diablos!, ya es la una y todavía no me puedo dormir... Debo haber

quedado con hambre. Tal vez haya quedado algo de comer en la cocina.

Al bajar, traté de que no rechinaran las tablas para que nadie se despertara, sin embargo, mis nobles intenciones se vieron defraudadas al ver encendida la luz de la cocina.

- ¿Quiere una leche tibia pa'que pueda dormir mejor? Yo tampoco puedo dormir así que me estoy calentando un poco.

Imposible no sentirse seducido con esa amable naturalidad, tan dulce como la redondez de esos hombros solitarios que pedían a gritos que los recorriera con mis manos. Las veía resbalando por su espalda hasta detenerse en ese maravilloso trasero...

- ...¿Y qué me dice de la leche?

- ...Oh sí, sí por favor.

Se sentó frente a mí y creo que me hizo varias preguntas, pero con franqueza no le presté atención, pues la sola vista de su escote me tenía demasiado afiebrado. También contribuían a la fiebre esa serie de preguntas sin respuesta, que invadieron de pronto mi cabeza. No sabía sí "pegarme el salto" o no. ¿Y sí la muchacha "no estaba ni ahí" conmigo?, ¿Y sí se urgía más de la cuenta?. En cualquier caso, no se veía "cartucha"... ¿Pero y si me equivocaba?, Capaz que despertara a toda la casa...

En esto estaba mi mente cuando ella se levantó de su silla.

- Buenas noches, me dijo, en tanto levantaba sus ojos con chispeante complicidad.

Alcancé a sujetar su mano cuando subía la escalera. Comencé a besarla y a disfrutar de sus exuberantes formas. Mis dedos nerviosos trataban de abarcar mucho más de lo que podían, y en su ambicioso recorrido terminaron por enredarse en su cabello. Me detuvo una cosa muy extraña. Su pelo permanecía adherido a mis dedos. Con sorpresa reconocí una mentirosa peluca, y avergonzado, no quise levantar la vista. Solo me atreví a mirar, al escuchar las burlonas carcajadas que provenían de la escalera... ¡No podía creerlo! Las piernas se me pusieron tiesas. Por poco me "meo" ahí mismo. No entendía nada. ¿Qué diablos hacía Freddy kruger con el "camisón de dormir" de la bella Rosario, estrujándose de risa en la escalera?

Me incorporé agitado y todo transpirado... Entonces escuché la voz de la señora Josefina tras la puerta.

- ¿Está bien, mi chiquito?, ¿Escuché un ruido?

- Sí, todo bien, es que se me cayó un libro del velador.

- Oh... Le tengo listo algo caliente en la cocina. Levántese no má'. Lo dejé dormir hasta tarde porque hacía mucho frío.

- Miré la hora y aún era temprano. Chi' menos mal... Murmuré.

GRACIAS, VOY AL TIRO. Grité, mientras desenrollaba la sábana de mis

piernas.

Los demás estaban como terminando cuando bajé, pero Don Bela se quedó acompañándome..

- Sírvase no má', no ve que está muy delgado y estos lugares necesitan de hombres sano' y juerte'.

- Mm...mm. Oiga, Don Bela, me quedé pensando en lo que me dijo anoche. ¿Está seguro que ese pobre borracho deforme vio a esa Fiura?

- Es borracho y deforme, pero no lo mire pa' abajo pue'. Yo conocí al hombre en su juventu', y naita se parece a lo que's ahora.

- Buueh... Bien, ahora lo dejo, Don Bela. Voy a ir a recorrer el centro.

- No se moje mucho pue'.

- Pierda cuidado qu'el agua me tiene alergia.

Caminé casi toda la mañana. Pude averiguar sobre lugares alejados y desconocidos, los que ni siquiera Dios se molestaría en visitar. Aún no me daban ganas de almorzar así que me di un par de vueltas cortas antes de volver. La verdad es que fui a matar el tiempo con el pobre borracho, buscando una historia entretenida que me retuviera un rato. Creo haberlo divisado a través de una ventana, y sin pensarlo mucho, entré al viejo bar.

- Hola, aquí me tiene otra vez. Dije al hombre que atendía detrás del

mesón. ¿Quisiera hablar con ese hombre?

- Vino en buen momento porque todavía se puede hablar con él.

- ¿Qué es lo que toma?

- Lo que venga no'má.

- Bien, quiero...

Fui directo hacia él, y más directo aún le afirmé:

- Dicen que usted vio a La Fiura.

Sus ojos me quedaron mirando molestos por la interrupción, hasta que se percató de la botella.

- Así mesmito jue, la gente cree que's invento, pero le juro por estos huesos viejos y chuecos que's verdá'.

- Y dígame, ¿Cómo le sucedió algo tan terrible?. Dije disimulando mi incredulidad.

- Entonce' yo era joven, y no me preocupé de las advertencias. Pensé qu'eran inventos de las mujeres, pa' dejarlo tranquilo a uno, así que'igualito me junté con los amigos en el bar. Ahí tomamos y reímos hasta que amaneció.

- No te vayai solo Ovalle, mira que dicen que anda la mujer del "Trauco"

merodeando por el pueblo.

- Pa' creer en habladurías 'taré yo. Que'ate tranquilo que na'ita me va pasar.

Jui tambaleándome por el sendero que rodea los pantanos, no juer'a ser cosa que cayera en uno. ¡De repente, algo reseco y áspero cubrió mis ojos...

- No es hora de bromita' pue' muchacho'

Un silencio más frío que la primera mañana, me recorrió to'itito. Bien segurito de la broma, me solté en un santiamén, pero pa' mi sorpresa...

Regresé a la pensión y subí la escalera sin saludar. Tenía la cabeza abombada con escalofrantes imágenes como para compartir y tener apetito. Me tiré a la cama cuan largo soy, en un intento por borrar un momento. No es que creyera en las palabras del tipo, sino que sus descripciones habían sido tan vívidas e inquietantes, que me provocaron deseos de vomitar .

- ¿Se siente bien mi chiquito?, ¿No va a servirse ná'?

- ME COMÍ ALGO POR AHÍ, GRACIAS.

- BUENO, SI LE DENTRA EL HAMBRE ME AVISA NO MÁ'.

- SI, DESCUIDE

Me desperté pasadas las cuatro y fui a la cocina a prepararme un café muy negro que me quitara la modorra y el frío. Quería alcanzar a tomar un bus interurbano para conocer los poblados de los alrededores, así que no acepté el apetitoso almuerzo de mariscos que me ofreció la Sra.

Josefina, y salí lo más rápido que pude.

Era un bus viejo de esos que dan de baja en otros lados, por lo que tuve algunos problemas para encontrar lugar que tuviera un asiento más o menos cómodo. Medio aburrido ya de tanta lluvia, me dispuse a pegarme una siesta. Resultó imposible porque el camino no era ni tan amigable, y más que un transporte, parecíamos una coctelera.

Paramos en medio de un caserío con una vieja iglesia de tejuelas de alerce, a la que le tomé unas fotografías.

- He! Amigo, ¿ me podría tomar una foto con la iglesia detrás? Es muy fácil. Sólo debe apretar acá, y ver por aquí que la iglesia y yo salgamos enteros.

- Cómo no, espero que salga sí pue'.

- Claro que sí va a salir... Gracias... Ah ¿Sabe donde puedo comer algo?

- Sí, la Sra. María hace comi'a bien rica, oiga. Tiene que caminar unos pasos pega'ito vertiente abajo y ahí mismo está.

No había andado ni un par de minutos, cuando mis ojos creyeron divisar algo que se movía. Me acerqué con cautela para no espantar al animal. Grave error, porque descubrí lo más horrible que pudiera alguna vez ver. Llegué a pensar que las enmarañadas ramas de un arbusto, entorpecían mi vista hasta el punto de hacerme alucinar. Sin duda tenía que ser ella. Era tal como me la había descrito el Chueco Ovalle. Sentada en una roca a la orilla de la vertiente, peinaba su larga cabellera con un delicado

peine tan brillante como la plata acabada de pulir. Le ponía tanto empeño a su labor, que casi daba pena ver a ese monstruoso esperpento tratando de actuar como una sensual mujer. Lo que debía ser una piel suave, no era más que pellejo seco adherido a sus deformes extremidades. De cuando en cuando alargaba extraordinariamente su cuello para contemplar en algún desafortunado charco, el horripilante rostro que dejaba ver su gigantesca nariz. La observé ponerse de pie, y dar inicio a lo que me pareció una danza llena de movimientos incomprensibles. Al parecer eran torpes convulsiones eróticas en las que trataba de agitar su corta pollera colorada, y sus abultados pechos que eran casi un insulto a la mezquina proporción de su cuerpo. Con el corazón queriendo abandonar mi cuerpo, ante el pavor que me ocasionó ese fatal espectáculo, mis pasos retrocedieron silenciosos. El quiebre de una insignificante rama bajo mi pie, delató a ese pequeño monstruo mi presencia. Sentí gran ardor al notar sus ojos chispeantes de ira, posados sobre mí. Traté de escapar, pero una mano descomunal con la fuerza de diez hombres me lo impidió. Me atrajo hacia sí, hasta quedar frente a ella y en venganza por mi espionaje, echó implacable su aliento sobre mí. Imposible describir tanta putrefacción, era como si la pestilencia de siglos de enfermedades estuviera reunida en el pozo oscuro de su garganta. Cómo sí todas las cosas nauseabundas de este mundo, hubieran tomado cuerpo en el aire que salía de su boca. Mi férrea resistencia se vio vencida, y sentí que mis huesos se retorcieron de dolor al verse obligados a someterse a aquella infame tortura.

Quedé tirado a orillas de la vertiente a punto de perder el conocimiento. La divisé por última vez avanzando ágilmente por entre los pantanos hasta desaparecer. Luego de algunas horas, el ruido que hacía un

animal salvaje detrás de los arbustos me devolvió el sentido. A esas alturas no me importó la suerte que correrían mis destrozados y doloridos huesos, pero me equivoqué. Un hombre de unos sesenta años se acercó con cuidado hacia mí.

- Pobre...Esta debe ser obra de "La Fiura". Murmuró para sí.

No tuve fuerzas para hacerle ver que estaba en lo cierto, ni tampoco para decirle que me abandonara donde me encontró.

- Trataré de hacer algo por u'te, muchacho, pero debemos esperar a que amanezca. Dijo apretando mi hombro. Eso sí, primero lo saco del barro antes que se me muera de frío. Lo voy a llevar a mi casa pa'que allá lo cuide mi mujer, y yo iré a buscar lo que necesitamos.

Lo miré con desesperanza al tiempo que me subía a su carreta. Junté mis párpados queriendo olvidarla, y dejar de sentir ese dolor insoportable. Me sentía tan miserable al correr una suerte tan cruel. Por unos instantes tuve ganas de que la muerte me protegiera de mi desastroso destino, y me entregué a los dulces brazos del sueño profundo, confiando en que ya no tendría que regresar a lo mismo.

Me desperté de un cabezazo contra algo muy duro. Desconcertado, miré a mi alrededor. Ahí estaba la misma viejuja del bus, roncando desparramada sobre el asiento. Mis brazos y mis piernas, descansando sanas y derechas. Sin saber si quedarme tranquilo o explotar de alegría, quise asegurarme y pregunté al tipo del asiento de adelante.

- ¿Oiga, donde vamos?.

- Todavía falta pa' llegar a Ancud. Si quiere, yo le aviso cuando lleguemos.

- Gracias...

Esta vez cerré los ojos con una sonrisa brotando de mi boca, y me acomodé en el mullido y tibio asiento, dando la espalda a la ventisca que azotaba tantas extrañas historias contra mi ventanilla...

texto de Alejandra Raposo